

A PUNTES (1994)

Carlos Montemayor

I

Carlos Montemayor, poeta, traductor, narrador, ensayista, fundó *Casa del Tiempo* en 1980. Fue en dos ocasiones becario del Centro Mexicano de Escritores (1968-69 y 1973-74), donde hoy es asesor literario. Por *Las llaves de Urgell* (1971) recibió el Premio Xavier Villaurrutia. De su amplia bibliografía destacan *Guerra en el paraíso*, *Abril y otras estaciones*, *Los informes secretos* y *Antología personal* (editado por la UAM).

Iba a decir que oscurece.

Que tengo en los labios
un frío sabor a nada
o a mí mismo.
Que la sangre fluye
sin darse cuenta quién vive de ella.
No piensa.
Sólo siente.

II

La reja se despinta.
La calle palpa sus orillas
y envejece.
La puerta, dentro y fuera de la casa,

espera.

El sueño se levanta hoy.

El amoroso vacío
que siento junto a mi esposa,
el cuerpo estremeciéndose de una mujer extraña.

III

En las noches, antes de dormir, cuando yo era niño,
parecían sonar las sombras de los árboles del patio.

Me levantaba a mirar por la ventana

las ramas agitándose,

los altos muros donde crecía el jardín.

La noche caía como una cascada sin luz.

Descendía sobre mí, sobre la casa.

Todo sonaba en el patio, en la ventana.

Y ahora, en esta otra habitación,

cuarenta años después, a solas,

la noche sigue siendo esa misma voz,

esa misma cascada

donde me estoy mirando lentamente caer,

lentamente oscurecerme.

IV

El amor oye su propio grito

una vez en nuestra vida y se estremece.

Grita como si escucharlo pudieran

todos los cuerpos que se han amado para

que él nos llame.

Cae desde las estrellas su grito.

Sobre este sexo mortal en que resuena

y se impacienta.

V

Ninguna calma hay para ti, amor,
en esta sed que penetra la carne y le absorbe su paz,
y la envejece, la hace luminosamente vana.

Ningún reposo.

Ningún lugar para recuerdos y olvidos.

Una marea de días y sangre

acosa esta mi casa,

amor, tu oscuro refugio.

VI

Dos aves vuelan sobre el encino.

Su vuelo es lento, en el aire caliente de Baja

California.

Desde la cordillera sentimos el trazo negro de las aves,

el nombre que esparcen en la tarde,

buscando con sus alas oscuras la infancia o la vida.

VII

Cae la nieve sobre la ventana

y se oculta por dentro la otra blancura.



VIII

A veces la vida es un deseo de lo que hemos vivido.
 Y lo guardamos creyendo
 que alguien vendría por esto,
 tendría alguna vez que preguntar por esto.
 Y nadie ha venido.
 Otras veces, del más lejano, olvidado rencor,
 bota el perfume humano que la hizo bella un día,
 los minutos en que atravesamos campos, cuerpos,
 noches que existieron en sí mismas.
 A veces, suavemente, desde el fondo,
 algo nos reconoce,
 contesta que ha llegado.

IX

Una vez miré con mi madre el atardecer.
 Los cuerpos y las torcazas se posaban en los árboles,
 numerosos,
 como si por vez primera conociesen el verano.
 Parecía que las cosas eran más luminosas
 porque se tornaban parte de nosotros.
 Era como saber que en una claridad como ésa,
 desde la quieta arena de nuestra muerte,
 cuando alguno de nuevo mirase
 volveríamos a unirnos con ellos, otra vez,
 para siempre. •